

Si el asesinato de Gregorio Ordóñez nos crispa todavía un poco más es porque, lenta, muy lentamente, somos una inmensa mayoría los que vamos entendiendo con renovada intensidad por qué el derecho a la vida es el axioma número uno de toda sociedad civilizada, se exprese en términos jurídicos o religiosos. Pero tan positiva certeza no debe hacernos olvidar el drama íntimo que nos corroe como pueblo: cuando cantábamos a Carrero por los aires o celebrábamos el saldo favorable de un tiroteo, cuando deseábamos intensamente la muerte del policía que nos aporreaba, ¿dónde estaban tales certezas?

Es muy consolador sentirse bueno frente a quienes pretenden arrastrarnos con su fanatismo. Es muy natural invocar a la ley, a la cárcel, a la justicia y a la firmeza contra el crimen. Pero no es suficiente. Nuestro silencio, nuestra ambigüedad y nuestro miedo han engendrado al monstruo y tendrán que ser la palabra, la decisión y la valentía de todos nosotros las que propicien esa catarsis colectiva que tan urgentemente necesitamos.

Resulta muy duro leer el comunicado de HB obviando lo obvio y parece incomprendible que miles de vascos jaleen a ETA a la menor oportunidad. Pero de nada sirve ahondar aún más la fosa de la criminalización de los que todavía viven con la venda del fanatismo cegándoles la mirada. Si no hay muertos de primera ni de segunda, todos aquellos que en alguna ocasión hemos creído justificar un crimen ideológico, sea en Euskadi, en Rumania o en Irak, debemos mordernos las entrañas del odio para purgarnos de nuestra propia intolerancia, a ver si el fenómeno resulta contagioso.

Sé que mucha gente no reconoce diferencia alguna entre un terrorista etarra y un mercenario a sueldo. Atribuir intencionalidad política a sus últimas vilezas puede parecer impropio. Si miramos los hechos y la sangre de frente, sólo hay espanto. Y, sin embargo, si recordamos la historia reciente, no cabe duda de que ETA nació y creció al amparo de ideales, mitos, ilusiones, rebeldías y convicciones que, se juzguen como

‘Nuestros’ asesinos



VICENTE CARRION ARREGUI
Profesor de Filosofía



se juzguen, marcan una cierta distancia respecto de los criminales comunes. Muchos dirán que nada utópico queda en la ETA de hoy, pero su discurso sigue siendo igual al de ayer. O, ¿acaso hay un momento en que matar deja de valer y ellos no se han enterado? Entonces, ¿por qué damos rango tan sólido al *no matarás*?

Lo diré en tono erudito: «Pues se pagan

péna y retribución por su injusticia según la disposición del tiempo», dijo Anaximandro hace mucho. Yo le saco mucho partido a la frasecita, porque lo mismo se relaciona con la dialéctica que con el *karma*, con los conflictos conyugales que con el país. La manera en que vivimos en Euskadi los desgajados de la dictadura (casi cuarenta años), nos abocan a un periodo similar

(¿hasta el 2015?) condicionado por la manera en que intentábamos desembarazar-nos de ella, creyendo que nos beneficiaba (¿verdad, Arzalluz?) tener unos chicos impulsivos jugando con pistolas contra Madrid (contra la vida, no; contra Madrid).

Vistas así las cosas, no merece la pena creer que sólo ellos son los malos. Conviene que todos vayamos rompiendo esa placa helada de insensibilidad ética que nos ha permitido convivir (vamos ya veinticinco años) con el crimen organizado en nombre de la liberación nacional. Al mismo tiempo que nos espanta que puedan asesinar a un individuo por creer en la palabra y en la política como instrumentos de transmisión de ideas y de organización social, supongo que a Gregorio le hubiera gustado que, en estos tiempos en que tanto se generaliza el *todos los políticos son...* (la lindeza que se prefiera), su muerte quede como testimonio imborrable de dignidad política.

La corrupción, la desilusión, la crisis, parecen quedar relegadas cuando se trata de defender el imperioso derecho a vivir. El llanto público de sus contrincantes políticos, la defensa unánime de quien actuará movido por sus convicciones, por funesta que haya sido su rentabilidad personal, ennoblecen la necesidad de una profesión demasiado manchada por nuestros egoísmos vividos en secreto, a diferencia de la dimensión pública de los suyos.

La dictadura contribuyó a que identificáramos a la totalidad de una persona con su identidad política e ideológica. Decías *rojo* y estaba todo dicho. Luchando contra Franco, fanatizados por todo tipo de *ismos*, incurrimos en el mismo error. Las ideas políticas definían a las personas, y contra las ideas opuestas iba incluida una oposición total a su persona. En nuestra tierra se han negado muchos saludos: La democracia nos ha ido enseñando a distinguir una cosa de otra. A respetar a las personas a pesar de las rivalidades ideológicas, nunca tan firmes como alguna vez creímos, nunca tan sólidas como el afecto. Ha sido un proceso lento. Pero muchos miles de vascos todavía no lo entienden. No nos hartemos nunca de explicárselo. La vida se impone.